



Un siervo digno de Cristo (1 Tim 4:6-11)

Todos estamos familiarizados con los juegos olímpicos, la competición deportiva más importante del mundo, y estamos de acuerdo en que se requieren condiciones realmente extraordinarias incluso para poder ser un participante en alguna disciplina.

Uno de las personas que encarna con creces las habilidades competitivas de un verdadero atleta es el norteamericano Michael Phelps. Es el máximo medallista en la historia de estas competiciones con 28 medallas, ¡23 de ellas de oro! en la disciplina de natación.

Pero Phelps no ha llegado ahí por accidente. Su entrenamiento era realmente descomunal: practicaba 365 días al año, sin descanso, incluso en Navidad o su cumpleaños. Cada semana nadaba más de 80 kilómetros, un equivalente a casi dos maratones en el agua.

Pero eso no es todo.

Para alimentar su cuerpo durante estos entrenamientos, Phelps consumía una dieta extrema de 12,000 calorías diarias. Solo para hacernos una idea, una persona promedio necesita entre 2,000 y 2,500 calorías al día. Phelps ingería cinco veces más, repartiendo su ingesta en montañas de pasta, huevos, pizzas y panqueques, simplemente para tener la energía suficiente para continuar su agotadora rutina.

Su vida estaba completamente dedicada a la natación, desde la alimentación, el entrenamiento, hasta la mentalidad. Su objetivo no era solo competir, era ganar cada vez que entraba en el agua. Estos detalles hacen que tenga más sentido para nosotros por qué conquistó lo que conquistó.

La premisa detrás de todo esto es simple: quienes deseen alcanzar resultados dignos en cualquier disciplina, no lo harán con esfuerzos mediocres y esto es algo que aplica incluso para la vida espiritual.



Y no me refiero a las cosas que conseguimos por gracia, las cuales no son algo que podemos ganar, pero sí aquellas que se relacionan con nuestra perseverancia y nuestra santidad y nuestro servicio al Señor.

En los versículos anteriores (1-5), Pablo advirtió sobre el peligro de la falsa doctrina, subrayando que estas enseñanzas erróneas provienen de "espíritus engañosos y doctrinas de demonios". En respuesta a este peligro, el apóstol transiciona a la vida personal de Timoteo, mostrándole cómo debe conducirse como un siervo de Cristo.

En el capítulo 1 de esta carta vemos las razones por las que Pablo le encomendó a él esta misión y lo envió como un soldado; pero ahora se encamina a darle una serie de recomendaciones y cuidados, disciplinas que debe adquirir para mantenerse como un siervo digno de Cristo. Dichas instrucciones no solo eran relevantes a Timoteo sino también a nosotros.

Para ello, Pablo usa la imagen de un atleta, de alguien que compite, pero no para ganar algo terrenal, sino para ganar algo celestial y eterno.

La idea que predomina en el texto y que queremos proponerles como el argumento de este sermón es la siguiente:

Un siervo digno de Cristo es alguien que se alimenta de la Palabra de Dios, se disciplina para la piedad y confía en el cuidado del Señor.

Esta idea la abordaremos en los siguientes encabezados:

- Un siervo digno de Cristo se alimenta de la Palabra
- Un siervo digno de Cristo se ejercita para la piedad
- Un siervo digno de Cristo confía en el cuidado del Señor



Un siervo digno de Cristo se alimenta de la Palabra

En versículos anteriores vimos cómo Pablo le pide a Timoteo ser cuidadoso respecto de las falsas doctrinas que tanto daño hacen y que debía actuar como protector de la verdad y aquí le dice que debe actuar como un buen siervo o ministro de Cristo espiritualmente equipado.

La conexión es clara: para poder identificar y refutar los errores, Timoteo debe primero ser alimentado correctamente con la verdad de la Palabra de Dios. La vida del siervo de Dios comienza con una dieta espiritual sólida.

No puedes alimentar a otros si no te alimentas primero tú de la verdad.

Usando el lenguaje de un atleta: Timoteo debía alimentarse de la Palabra de Dios y desechar la comida “chatarra” de los mitos e historias fantasiosas que tanto abundaban en Éfeso y también entre los que practicaban el judaísmo.

El verbo “nutrir” o “alimentar” implica una acción continua y regular. No es algo que se hace una sola vez, sino una actividad constante.

La “fe” y la “buena doctrina” son los alimentos que Timoteo debe consumir. Aquí, “fe” no solo se refiere a la confianza en Dios, sino a todo el cuerpo de verdad revelada en las Escrituras. La “buena doctrina” se refiere a las enseñanzas correctas que están en armonía con esa verdad.

Pablo también menciona que Timoteo ha “seguido” esta buena doctrina, lo cual implica una relación de compromiso con la verdad.

Timoteo no es alguien que simplemente conoce la verdad; es alguien que ha hecho de ella su guía y su norma de vida.



Un siervo fiel no es aquel que solo conoce la verdad, sino el que se nutre de ella diariamente.

Notemos que no se le pide a Timoteo que ande en búsqueda de nuevas revelaciones o nuevas tendencias sino que persevere en la buena doctrina que ha seguido.

Parte del trabajo de un ministro digno de Cristo es precisamente conocer cada vez más profundamente la doctrina de Cristo, familiarizarse con la Biblia.

Los líderes no están llamados a ninguna otra cosa más allá del ministerio primordial de la Palabra.

Esa fue la enseñanza que dejaron los apóstoles en Hechos 6 cuando pidieron escoger diáconos para atender las mesas con el propósito de no restar tiempo al estudio de la Palabra y a la oración.

Siempre habrá entre los que predicán una necesidad imperante de crecer en el conocimiento de Dios.

También se le dice a Timoteo que no se entrometa en fábulas profanas o cuentos de viejas.

Una práctica muy común en Éfeso era tener matronas que estaban todo el tiempo hablando de cosas místicas y espectaculares y cosas que a la gente le gustaba oír; pero Pablo le pide que evite esas cosas.



Lo popular, lo pragmático las nuevas técnicas para atraer siempre serán una tentación para alguien que enseña la Palabra pero debemos resistir a esta tentación sabiendo que nuestra meta no es ser populares sino ser fieles a la enseñanza y a la Palabra de Dios. Pero esto no es algo solo para los que enseñan sino para todo cristiano.

Creo que una de las mayores tragedias que la iglesia enfrenta hoy es que teniendo la Biblia disponible en tantos idiomas y formatos, existe un gran desconocimiento de ella. Dios usa Su Palabra como un alimento diario necesario para nuestro crecimiento espiritual.

Nuestros problemas de inmadurez, falta de confianza en el Señor, amarguras, la toma de malas decisiones, el mal uso de nuestras palabras, nuestra mala relación con el dinero; en muchas ocasiones se debe a nuestra poca comunión con Dios por medio de Su Palabra. Del mismo modo que no podemos pretender tener un buen desempeño físico en nuestro día a día si no comemos adecuadamente; así tampoco podemos esperar responder con madurez espiritual si no tenemos en buena estima la Palabra de Dios.

No lo perdamos de vista: Necesitamos líderes entregados a la Palabra, pero necesitamos ser también una iglesia entregada a la Palabra.

¿Cómo podríamos entonces evaluar si lo que estamos escuchando es o no conforme a la verdad?

Una iglesia que no se alimenta de la Palabra diariamente le hace el trabajo fácil al diablo para sembrar falsa doctrina y mentiras que apartan de Cristo.

Así que ¿cómo responderías a las siguientes preguntas?:

¿Cómo es tu “dieta espiritual”? ¿Te estás alimentando regularmente de la Palabra de Dios?

Si quitaras las interacciones que tienes con la Palabra los domingos ¿



con qué te quedas durante la semana?

Pero esto no es todo lo que este atleta espiritual debía tener en cuenta.

Al igual que la alimentación física es esencial para la salud y el crecimiento del cuerpo, la nutrición espiritual es el fundamento para un liderazgo efectivo. Pero, así como la buena alimentación no es suficiente sin el ejercicio físico para un atleta, Pablo sigue exhortando a Timoteo no solo a alimentarse de la verdad, sino a ejercitarse para la piedad.

Un siervo digno de Cristo se ejercita para la piedad

Después de recibir el alimento correcto, la vida cristiana requiere acción, disciplina y esfuerzo.

Aquí es donde Pablo introduce la metáfora del ejercicio espiritual: "Ejercítate para la piedad" (1 Timoteo 4:7). Este llamado a ejercitarse es un paso natural después de nutrirse de la verdad; no basta con recibir el alimento, sino que este debe convertirse en fuerza y acción.

Pablo utiliza el verbo "ejercitar", el cual, en su origen griego, hace referencia al entrenamiento riguroso de los atletas. De hecho, el texto dice literalmente "disciplínate a ti mismo para la piedad".

Estas palabras cobran mayor relevancia cuando se considera su contexto cultural.

La palabra "ejercítate" proviene del griego *gymnazo*, de donde obtenemos la palabra "gimnasio". En el mundo grecorromano, el ejercicio físico y los deportes eran altamente valorados, y los gimnasios eran lugares clave donde los hombres se entrenaban rigurosamente para las competiciones atléticas.

Estos entrenamientos no eran casuales ni ligeros; los atletas seguían estrictos regímenes de disciplina y preparación física, con la meta de alcanzar la perfección en su rendimiento.



Verlo en su contexto resalta la intensidad de lo que Pablo pide. No se trata de un simple esfuerzo pasajero, sino de una dedicación total, como la de un atleta que se somete a un régimen diario para lograr el éxito en las competiciones.

En las antiguas competiciones griegas, como los Juegos Olímpicos, los atletas se preparaban durante meses, a veces años, para obtener una corona perecedera de laurel o hiedra. La vida espiritual, por tanto, requiere una entrega aún mayor, puesto que la recompensa no es pasajera, sino eterna.

Así como un atleta entrena arduamente por una corona o medalla perecedera, el cristiano se ejercita para una corona incorruptible.

El entrenamiento en los gimnasios griegos también tenía un fuerte componente de carácter. El cuerpo no era lo único que se fortalecía; se formaba el carácter, la resistencia y la disciplina mental.

Pablo está trasladando esta imagen a la vida cristiana: la piedad es un ejercicio continuo que moldea tanto el carácter como el corazón, haciéndonos más semejantes a Cristo.

Al igual que en los deportes, donde los atletas enfrentan el agotamiento y el sacrificio, la vida piadosa también implica renunciar a ciertos placeres y soportar dificultades para alcanzar el objetivo mayor.

Este texto ha sido usado por muchos para sugerir que los cristianos no deberían ejercitar su cuerpo. Nada más lejos de la realidad que eso; sobre todo porque somos llamados a cuidar el cuerpo que es el templo del Espíritu Santo. Lo que quiere decir es que aún con todo lo provechoso que pueda ser, en comparación con el ejercicio espiritual es de poco provecho y la razón es la recompensa.

El ejercicio físico tiene su lugar, pero su valor es temporal y limitado. Por el contrario, la piedad tiene un valor eterno, no solo en esta vida, sino también en la venidera.



Pablo establece un contraste entre lo temporal y lo eterno, destacando la superioridad del ejercicio espiritual. La vida del cristiano, como la de un atleta, requiere disciplina, esfuerzo y perseverancia, pero con una recompensa mucho mayor.

Mis hermanos, como se ve, hay aspectos de la espiritualidad que no se producen de manera espontánea, deben provocarse.

Muchas personas a veces en su lucha contra el pecado y la santidad se lamentan de no ver fruto en su vida pero no son capaces de crear ni la más mínima disciplina espiritual; sin embargo, una cosa que he visto debajo del sol, es que esas mismas personas no tienen problema en crear rigurosos hábitos de ejercicio o disciplina corporal.

¿Qué es lo que hace que sea más fácil crear una disciplina de entrenamiento en gimnasio que una disciplina de oración o de lectura de la palabra o incluso de congregarse? ¿No será que a veces nos preocupamos más por cómo nos vemos físicamente o por fuera, lo cual no está mal, pero no nos preocupamos por nuestra espiritualidad?

Los gimnasios, las dietas y las rutinas de ejercicio se levantarán contra nosotros un día para dejarnos claro que si no crecimos en disciplinas espirituales no fue por falta de disposición para disciplinarnos sino por falta de un enfoque equilibrado de donde debíamos practicar dichas disciplinas.

Ahora alguien dirá: yo no tengo disciplinas espirituales, pero tampoco físicas, así que, técnicamente es empate:

Bueno, la realidad es que ahora ya no tienes un problema sino dos, no solo debes dar cuentas por tu vida de piedad sino por cómo has administrado y cuidado de tu cuerpo.

Pero tú también dirás, ¿cuáles son entonces esas disciplinas espirituales para las cuales debo ejercitarme?



No cabe duda que Pablo se refiere aquí particularmente a las que están relacionadas con la Palabra de Dios. La lectura, meditación, memorización. El verso 13 dice: entre tanto que voy, ocúpate de la lectura. Ejercítate en ello.

Esto también incluye la oración, el ayuno, el congregarse, el establecer relaciones profundas de hermandad, el apartar tiempo para estar con el Señor.

No lo olvidemos:

La piedad, al igual que la forma física, no se alcanza sin un compromiso profundo y constante.

Pero aquí hay una relación importante entre el primer punto y el segundo: así como no podemos ejercitarnos sin antes estar bien alimentados, tampoco podemos crecer en la piedad si no nos nutrimos primero de la verdad de Dios.

La buena doctrina es el combustible para la vida piadosa.

Sin una base sólida en las Escrituras, cualquier intento de piedad será superficial y no perdurará.

Es la verdad de Dios la que nos da la motivación y la dirección correcta para vivir una vida piadosa.

Pero lo opuesto también es cierto:

Las personas que solo se llenan de conocimiento pero no se ejercitan en la piedad tarde o temprano también caerán en enfermedad espiritual: orgullo, vanagloria, menosprecio por otros, sentido de superioridad y esto también es de condenar.

Hemos visto entonces que un siervo digno de Cristo y por extensión todos los creyentes, somos llamados a una buena dieta espiritual, a ser nutridos con la palabra de Dios al mismo tiempo que nos ejercitamos en las disciplinas para una vida piadosa y santa; pero ¿quién nos ayuda en esta carrera? ¿Cómo podemos estar seguros que lo lograremos?

Eso es lo que nos lleva de la mano a nuestro tercer y último encabezado:



Un siervo digno de Cristo confía en el cuidado del Señor

Después de exhortar a Timoteo a ejercitarse para la piedad, Pablo introduce un componente crucial que le da sentido a todo el esfuerzo: la perseverancia con esperanza.

En 1 Timoteo 4:9-10, Pablo afirma:

Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos. Que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen.

Este versículo nos da una visión completa del compromiso cristiano. Pablo comienza con una declaración poderosa: "Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos". Esta expresión la usa cuando quiere subrayar una verdad de gran importancia que merece la plena atención de sus

oyentes. Aquí, Pablo resume la razón por la cual los cristianos deben perseverar, aún en medio de dificultades y sufrimientos: la esperanza en el Dios viviente.

Ser un siervo digno de Cristo no significa que no habrá sufrimiento, lo que sí significa es que el Señor será nuestro ayudador cuando aparezcan.

La vida cristiana no está exenta de pruebas ni de rechazos y tampoco el ser pastor es una garantía que tales oprobios no vendrán.

De hecho, lo más probable es que a causa de precisamente ser un ministro fiel al Señor vengán aún más oprobios y sufrimientos.

El ministerio fiel y la vida de devoción muchas veces traen resistencia y oposición del mundo, pero esta dificultad es soportable porque los creyentes tienen su esperanza anclada en el Dios viviente.



Los ministros del Señor no deben perseguir el ser populares como la meta de su oficio sino el ser fieles.

Ahora bien, puede que alguien sea haga popular por ser fiel, pero la fidelidad nunca se negociará con el fin de alcanzar la popularidad.

Pero ¿cuál es entonces la razón de servir? ¿Cómo puede uno mantenerse firme ante esta realidad? ¿Cómo no llegar a decir: Señor, si yo te sirvo ¿por qué estoy sufriendo?

La respuesta está en que el creyente puede perseverar en medio de las pruebas porque su esperanza está en el Dios viviente que guarda a los suyos incluso en el momento mismo de la muerte.

Él es el Dios que salva.

Es en este contexto donde Pablo introduce una afirmación que ha sido interpretada de diferentes maneras: "el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen".

¿Qué quiere decir Pablo con esto? A primera vista, podría parecer que está afirmando una forma de universalismo, pero ese no es el sentido del texto.

Hendriksen, al comentar este pasaje, explica que la palabra "Salvador" no siempre se refiere a la salvación eterna.

En muchos casos, se utiliza para hablar de la preservación o el bienestar temporal que Dios otorga a todos los seres humanos. En este sentido, Dios es el Salvador de todos los hombres porque en su providencia, Él sostiene la vida de todos, da lluvias, alimentos, y extiende su bondad común a la humanidad. Dios, en su gracia común, preserva y mantiene a la humanidad, incluso a aquellos que no le reconocen. Esta verdad es vista, por ejemplo, en pasajes como Mateo 5:45, donde se dice que Dios hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.

Dios es el Salvador de todos en el sentido de que sostiene y preserva a la humanidad, pero es el Salvador en un sentido especial para aquellos que creen en Él.



Pero Pablo va más allá al decir "mayormente de los que creen". Aquí introduce una distinción clara: aunque Dios extiende su salvación temporal y su providencia a todos los hombres, es especialmente el Salvador de los creyentes. Esto se refiere a la salvación eterna que solo se recibe a través de la fe en Jesucristo. Mientras que todos los hombres experimentan la gracia común de Dios, solo aquellos que creen en Él reciben la salvación eterna, la cual se da exclusivamente a quienes han puesto su confianza en Cristo.

Y de allí se desprende también esta idea:

El Señor que libra en su gracia común a todos los hombres a darles la vida, ese mismo libra mayormente a aquellos que ha salvado.

Es un eco de las palabras de Pablo en Romanos 8:

El que no escatimó ni a su hijo ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?... y siendo así, si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros? ¿Podrá alguien separarnos de Él?

Este punto es crucial en la teología paulina: la esperanza de los creyentes está fundada en el hecho de que Dios, quien es el sustentador de toda la vida, también es el Salvador de su pueblo en un sentido mucho más profundo y duradero. Esta salvación no solo cubre nuestras necesidades temporales, sino que nos asegura una vida eterna con Él.

Por eso Pablo puede decir que los creyentes tienen una esperanza firme y segura, una esperanza que les permite perseverar en medio del sufrimiento y las pruebas.

Esta verdad conecta perfectamente con lo que Pablo ha venido enseñando. Primero, Timoteo debía nutrirse de la Palabra de Dios; luego, debía ejercitarse para la piedad, pero todo esto cobra su sentido más pleno porque los creyentes trabajan, se esfuerzan y perseveran con la vista puesta en el Dios viviente, quien es su Salvador.

No hay ejercicio espiritual ni devoción sin esperanza. Esta esperanza es la motivación y la energía que nos impulsa a continuar en la fe.



Aquí, Pablo concluye su primer bloque de instrucciones personales a Timoteo, recordándole que todo su esfuerzo y trabajo tiene sentido porque Dios es fiel y su salvación es segura.

Qué tremenda esperanza para nosotros, también quienes vivimos para el Señor.

No estamos sirviendo al aire y cumpliendo la norma moral de ser buenas personas, hacemos lo que hacemos porque Dios es un gran salvador. Él es quien da dignidad a todo lo que hacemos.